# El regreso a lo legítimo

**Germán Umaña M.**
Decano de la
Universidad Central

Con tantas y diversas noticias sobre lo que pasa al interior del Estado colombiano, la pregunta casi que obligada se concentra en su viabilidad. ¿Qué pasó en los últimos gobiernos para que se pudiese llegar a tanto desorden, a inmensos niveles de corrupción y a la existencia de instituciones cooptadas por los corruptos y malandros?

No hay un solo día en el que no se produzca una nueva noticia sobre lo que sucedió en los últimos años: escándalos en la salud, en la educación, en las fuerzas militares, en la Policía, en el Congreso, en la Justicia, en el anterior entorno presidencial, en la nación y en las regiones.

Los derechos humanos hablan de lo fundamental. La democracia tiene la obligación de asegurar lo esencial en materia económica, social y cultural. La sociedad debe escoger su camino, buscando la mayor equidad. El Estado debe poner coto a los excesos en la libertad económica, evitando que se produzca una mayor desigualdad, y para eso existen las instituciones.

Sin embargo, la crisis en la estructura político-jurídica, económica y social es evidente. Se abrió una inmensa brecha en el país entre lo que se plantea en la Carta Universal de los Derechos Humanos y el resultado del papel desempeñado por el Estado. Esto conlleva inevitablemente a una crisis de legitimidad.

La búsqueda de la verdad como objetivo social se pierde en la medida en que los medios de comunicación se concentran y centralizan en unos pocos intereses, que solamente presentan su parte de la verdad. Los intelectuales (no todos) ya no tienen credibilidad cuando pasan a formar parte de grupos de poder, vendidos al mejor postor y abandonando su papel de brújula para orientar el norte social y asegurar el cumplimiento mínimo de los derechos fundamentales.

La educación se mercantiliza y se enseña que los derechos individuales no tienen límite. Es una sociedad de la mentira, la Constitución y las leyes se encuentran sujetas a la interpretación de los más poderosos. Es el 'círculo vicioso' que no tiene cuándo acabar. El 'mundo de Subuso', paraíso de los leguleyos y los tinterillos.

Y aún así, contra toda evidencia, pretenden que regresemos a lo anterior, que la culpa es de un enfermo terminal y una guerrilla debilitada y descompuesta. No, señores, 'la calentura no está en las sabanas'. No más de falsos Mesías, y menos, de candidatos que deban ser títeres incondicionales.

Cuando la ilegitimidad es la norma, solo la organización y reacción de la sociedad civil pueden establecer el límite a la creciente brecha entre derechos e instituciones.

Los buenos somos más y... mejores.